

José María Valverde y las traducciones bíblico-litúrgicas

Luis Alonso Schökel, S. J.*

In memoriam

LA muerte a los setenta años del insigne poeta, crítico y traductor me impulsa a comunicar algunos recuerdos de mi colaboración con el maestro y amigo.

Estábamos en pleno Concilio cuando comenzó la revolución litúrgica que consistió en traducir los textos litúrgicos a una lengua que el pueblo entendía (como se había hecho en siglos antiguos). Los primeros textos por traducir eran los del llamado *Missale romanum*, usado en toda la Iglesia occidental (con excepción de la liturgia mozárabe).

La Comisión episcopal española de liturgia me encargó la tarea de preparar una traducción que sería sometida al examen y aprobación de dicha comisión. Conjeturo que en la elección confluyeron varios factores: mis tra-

* Instituto Bíblico. Roma.

bajos literarios para entonces bastante difundidos, especialmente *La formación del estilo*, mi tesis doctoral, *Estudios de poética hebrea*, y el ser profesor del Instituto Bíblico Pontificio.

La cantidad de textos por traducir no era abrumadora. Para el Nuevo Testamento formé un equipo con Juan Mateos y José María González Ruiz. Para el Antiguo Testamento contaba además con una experiencia y un apoyo: mi colaboración en curso con José María Valverde. Me resulta imposible separar las dos pistas: lo puramente bíblico y lo bíblico-litúrgico.

Larga aventura amistosa y profesional

NUESTRA colaboración bíblica comenzó con una relación de amistad mediada por el archiamigo José María Javierre. El común interés literario y lingüístico (su tesis doctoral sobre Karl Bühler) afianzó nuestra amistad. Valverde era entonces (1952-1955) joven lector de español en Roma. En ese clima surgió la idea y fue cuajando el proyecto de traducir la Biblia rompiendo con rutinas inveteradas. Lo expresaba así: hay que eliminar de la Biblia Española los *terafim* y las *masebot* y la «abominación de la desolación», y otras incrustaciones fósiles. Había que traducir a un lenguaje fresco y vivo...

Con su conocimiento de lenguas y su dominio de la nuestra, con su afirmada experiencia de traducir, se había lanzado, un poco quijotesca, a la empresa. El primer fruto fueron los cuatro evangelios, que se convertían en *Las buenas noticias del Reino* (ed. Guadarrama). Años más tarde (1966), se atrevería con el Nuevo Testamento entero. No pretendo aquí evaluar el resultado, sino subrayar la novedad.

En sus breves introducciones señala «el estilo sentencioso» de Santiago. De Pablo comenta: «El estilo de Pablo adolece de peculiares dificultades... hay una tensión extremada por el hecho de que Pablo, a menudo, parece dictar sus cartas de modo vehemente y rápido, con el acento de la voz en vivo... Este apasionado estilo, casi dramático, le sirve para extremar y machacar...». Lo que dice del Apocalipsis tiene algo de declaración programática: «su fuerte peculiaridad hebrea —aun estando escrito en griego— manifiesta incluso en el estilo, cuyo sabor se ha procurado respetar en esta traducción». Termina mencionando «el rico elenco de símbolos que envuelven al lector con su temible belleza».

Amistosamente me invitaba a abordar el trabajo para el Antiguo Testamento. Yo tenía una modesta experiencia de traducir (del griego, latín,

alemán, hebreo); además me encontraba trabajando en el análisis estilístico de textos poéticos bíblicos. Así comenzó la labor.

Lógicamente a mí me tocaba preparar la traducción del hebreo, en un lenguaje literario, poético, moderno. El texto preparado lo discutíamos en largas y entretenidas sesiones. Cuando yo tropezaba, él tenía recursos para superar los obstáculos. A veces intervenía Pilar (su mujer) aportando la reacción del oyente o lector, se escandalizaba de una frase brutal de Ezequiel, sugería el término concreto de la vida cotidiana. De aquellas conversaciones no queda registro. Y como lo esencial es el detalle concreto, de nada valen los recuerdos vagos.

Fue ingenuidad mía empezar por los profetas menores. Los escogí por sus dimensiones reducidas; entonces no sabía que Oseas es uno de los profetas más difíciles. ¡Cómo tuvimos que discurrir para sustituir los cuatro ortótopos de Joel 1!; al fin él propuso esta solución:

Lo que dejó el saltamontes, lo comió la langosta,
lo que dejó la langosta que pela,
lo comió la langosta que roe.
Lo que dejó la langosta que roe,
lo comió la langosta que devora.

Todavía quedaban muchos versos torpes que fue necesario corregir en otra etapa (puede compararse el Oseas de *Los Libros Sagrados* con el de *Nueva Biblia Española*).

La publicación del primer volumen se retrasó porque no fue fácil encontrar un editor dispuesto a ir publicando la Biblia por entregas (como había hecho antes la *Bible de Jérusalem*). Hasta que la relación personal y profesional de Valverde con Sanmiguel facilitó la solución.

Con estos antecedentes, acepté el encargo de la Comisión episcopal de liturgia y comencé la traducción de los textos bíblicos solicitados. Empezamos por adviento: «Es hora de despertarse del sueño...». La traducción de los textos del *Missale Romanum* provocó una fisura, después un deslizamiento, finalmente una avalancha de textos por traducir. Entre ellos ocupaba lugar preferente la traducción de los salmos.

Siempre me habían atraído los salmos por su lirismo intenso y su lenguaje imaginativo. El *Missale Romanum* contenía sólo, a manera de antífonas, versos del salterio sacados de contexto y adaptados como fuera al contexto litúrgico («Laudate Dominum in sanctis eius», Sal 150, 1, para la fiesta de Todos los Santos). Habíamos traducido ya dichas antífonas (con la ayuda epistódica de F. Cabasés).

Las ciento cincuenta unidades del salterio formaban el libro más extenso del Antiguo Testamento y suministraban materiales a cualquier libro litúrgico. La penetración y difusión del salterio por nuestra liturgia es impresionante; por eso urgía su traducción. La Comisión episcopal me invitó a traducirlo y yo rehusé porque prefería ocuparme del proyecto global precedente. Sugerí un par de traductores que ya habían concluido su trabajo. Por lo visto las pruebas no satisficieron, y el encargo recayó sobre mí, sobre nosotros. De todas las traducciones litúrgicas el salterio fue el príncipe, por el tiempo empleado, el esfuerzo y cariño en la labor, la plural experimentación, las revisiones...

Trabajábamos juntos Mateos (especialista en griego y siríaco) y yo. Como hebraísta, me tocaba a mí preparar un texto de base, que era ya literario y poético, con oferta de frecuentes alternativas. Lo discutíamos y elaborábamos a fondo. A medida que progresaba el trabajo, sacábamos copias (en ciclostil), que distribuíamos a grupos heterogéneos para la experimentación, en voz alta y en común. El factor rítmico era esencial. Nos llovían enmiendas, alternativas, sugerencias...

Revisiones críticas

EL texto revisado de varias traducciones litúrgicas se lo enviábamos a Valverde para su revisión crítica. Lo devolvía con escuetas correcciones. Aquí me toca abrir otro apartado sobre sus correcciones, sin distinguir entre lo litúrgico y lo simplemente bíblico. Conservo algunos envíos y con ellos puedo ilustrar el tipo de correcciones suyas. Repito que no son como las discusiones orales de la primera etapa.

A veces enmienda una expresión que le resulta demasiado moderna (copio primero nuestra versión y después la enmienda):

Is 3, 22: abrigos / mantos

1 R 1, 52: Si se porta como un caballero / como hombre de honor

10, 14: el oro que ingresaba / recibía

21, 2: en metálico / en dinero

Otras veces encuentra rebuscada o demasiado selecta nuestra expresión, y le baja el tono:

Job 3, 18: cautivos / prisioneros

9, 23: si un flagelo / si una calamidad

13, 11: su excelsitud / su majestad

16, 13: tiendo mi lecho / me hago la cama

1 R 21, 10: depongan (los testigos) / declaren
18, 12: junto a su flanco / junto a su costado

En otros casos busca la precisión:

Job 7, 9: la nube se disuelve / se deshace
6, 13: y el éxito me abandona / y la suerte me abandona
8, 8: investigaron sus padres / averiguaron
15, 35: elabora en el vientre / gesta en el vientre

1 R 21, 4: no te daré / no te cederé

2 R 4, 24: coge la rienda (de un burro) / toma el ronzal

Es muy cuidadoso en el uso de posesivos:

Job 2, 6: respeta su vida / respétale la vida
33, 30: para sacar su vida de la fosa / para sacarlo vivo...

Son importantes las enmiendas de expresiones nuestras torpes o poco felices:

Job 1, 13: un día mientras sus hijos / un día que sus hijos
3, 25: lo que yo más temía me sobreviene / me sucede lo que más

temía

5, 3: y al punto vi maldecida / al momento vi maldita
20, 32: antes que parta / antes de partir
20, 9: el puesto que ocupa ya no lo mira / el sitio que ocupaba no lo

ve más

27, 19: como la cabaña que se hace un guarda / como cabaña de guarda

36, 32: cubre sus palmas de rayos y los despide con puntería / se llena las manos de rayos y los lanza derechos a sus blancos

1 R 4, 1: una mujer, esposa de un hermano profeta / una mujer esposa de uno de la hermandad profética

18, 5: no tuvo comparación entre los reyes / con ninguno de los reyes

En algún caso se trata de hacer inteligible un uso cultural ajeno:

Job 3, 12: me acogieron dos rodillas / me recibió un regazo

A veces nos avisa de que van demasiados endecasílabos y retoca el texto para evitarlos. O bien en el Cantar protesta contra la combinación de octosílabos con endecasílabos (que no rehuía Ojeda).

Así podíamos seguir. Citaré otros en serie: servidumbre inmensa / numerosa; sus rebaños se dilatan / se ensanchan; te desconciertas / te turbas; le inspeccionas / le pasas revista; quién captará / percibirá; del sabio consumado / de la sabiduría consumada; zonas deshabitadas / tierras despobladas, etc.

Hay una nota de humor económico. Isaías 1, 23 denuncia: «tus jefes son

bandidos, socios de ladrones». Al margen, en paréntesis, escribe: ¿S.A. o S.L.?

A los papeles de Job acompañaba su comentario que transcribo:

Sábado de Gloria 1969: Querido Luis, Buona Pasqua, y mi felicitación por este espléndido Job —el *Job* de Job—. Entre que el libro es bueno y que los dos Mexicanos [colaboradores] parecen muy metidos en el lenguaje poético actual —más lo que hayas puesto tú, que será de peso— ha salido un *capo-lavoro*, una gran obra de la literatura de nuestra lengua. Lo he pasado estupefactamente al revisarlo —como ves, tocando muy poco. ¡Muy bien!

No conservo o no he logrado encontrar sus correcciones a los Salmos, pero recuerdo que su dictamen crítico fue también muy favorable: «un monumento de literatura española». En este contexto encaja una anécdota significativa.

Entre las comunidades experimentadoras se encontraba una de monjas españolas residentes en Roma. Un buen día la superiora, de más de sesenta años, después de haber rezado por algún tiempo en comunidad con nuestra traducción, me confió: «Padre, que haya pasado más de cuarenta años de vida religiosa sin conocer esto, que haya tenido que esperar tanto tiempo para descubrirlo...» Sus palabras daban voz a otras muchas personas. Por un lado el crítico literario y poeta, por otro lado una religiosa orante, sumaban su testimonio a favor de una traducción bíblica litúrgica de plural irradiación.

Viaje de ida y vuelta

VALVERDE era ya profesor de Estética en la universidad de Barcelona y residía en San Cugat (1956-1967). Allí nos reunimos más de una vez para proseguir nuestra colaboración y para charlar. Un día (1965) Valverde renunció a la cátedra (y al sueldo) en un acto de protesta y solidaridad: «No vale la estética sin la ética». A los traductores nos pagaban modestamente por hora de trabajo, lo que a una mecanógrafa. Me encontré por entonces en San Cugat y, al terminar la misa, hice venir a la sacristía a José María y le entregué un sobre: lo recibió como ayuda providencial en un momento crítico. Pronto emigró a Virginia, USA, y al poco tiempo a la joven universidad de Trent, en Peterborough, Canadá (1967-1977). Su colaboración inmediata se fue apagando.

Entre tanto la demanda de textos litúrgicos traducidos crecía rápidamente, de modo que el equipo no daba abasto, porque no podía cumplir con

los plazos urgentes. Por eso Martín Patino recurrió además a otras fuentes de traducción.

Por otra parte, Valverde no colaboró de modo apreciable en la traducción del Nuevo Testamento. Juan Mateos y J. M. González Ruiz se repartían el protagonismo, apoyados en su competencia lingüística y exegética. Y ¿qué fue de *Las buenas noticias del Reino*, de J. M. Valverde? Quedaron como documento de ruptura, como esfuerzo de pionero. En parte por su inspiración y colaboración, junto a otros estímulos, las traducciones españolas bíblico-litúrgicas evitaron perpetuar rutinas lingüísticas y traducciones falsas, y acercaron la Biblia al pueblo cristiano.

Todavía pude visitar una vez a Valverde en Peterborough. Entre otros temas hablamos de ecología —ya entonces—. Otras veces lo visité en Barcelona: ya estaba de vuelta como catedrático. Otras muchas veces nuestra relación consistió en intercambio de libros, cartas y conversaciones telefónicas. La última fue poco antes de su muerte. Le invitaba a pronunciar en un próximo simposio una conferencia-testimonio sobre la presencia inspiradora de la Biblia en su poesía. Declinó por razones de salud. No comprendí entonces que su maduración cristiana rozaba la plenitud.

En la *Nueva Biblia Española* y en la *Biblia del Peregrino*, entre los colaboradores y por orden alfabético, figura el nombre de José María Valverde. Las traducciones litúrgicas no llevan firma, pero conservan su recuerdo para la posteridad. En ellas suena, en sordina, la voz de José María Valverde.